

NICOLÁS TORRE GIMÉNEZ

JEAN-PAUL SARTRE, EL P.C.F. Y EL P.C.I. UNA INTRODUCCIÓN AL ENSAYO “SARTRE-ROSSANDA” DE SANDRA TERONI*

El filósofo existencialista ateo Jean-Paul Sartre (1908-1980) prácticamente no precisa presentación. Pero quizás sí convenga recordar brevemente sus relaciones fluctuantes y conflictivas con el Partido Comunista Francés, por un lado, y el diálogo fructífero con su homólogo italiano, en especial con la intelectual y política Rossana Rossanda (1924-2020), por el otro. Cabe mencionar que el PCF y el PCI fueron los mayores partidos políticos comunistas de este lado de la cortina de hierro. Mientras que el PCF llegará a ser el partido más votado en Francia tras la Liberación, el PCI (siempre por detrás de la Democracia Cristiana) se convertirá en la mayor organización comunista de masas de Europa Occidental, con una enorme influencia política, sindical y cultural. Esa superioridad numérica —cuando no una verdadera hegemonía— se debió, en gran medida, al rol destacadísimo de los y las militantes comunistas durante la lucha contra el nazi-fascismo. No sólo denunciaron desde un principio y combatieron sin concesiones a los regímenes de extrema derecha, sino que fueron la fuerza política que más se destacó en la resistencia, pagando un precio altísimo en vidas humanas durante la II Guerra Mundial.

Si bien el acercamiento de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir al socialismo —en general— y al marxismo —en particular— se gesta en el contexto de la ocupación nazi de Francia, su afinidad con el comunismo viene de varios años antes, según cuenta la filósofa feminista. Refiriéndose al año 1932, ella escribe en sus memorias: “Teníamos una simpatía cada vez más decidida por la posición de los comunistas; en las elecciones de mayo, perdieron trescientos mil votos; Sartre no había votado: nada podía apartarnos de nuestro apoliticismo”¹. Y poco tiempo después: “Más de una vez, durante esos años, Sartre estuvo vagamente tentado de adherirse al Partido Comunista. Sus ideas, sus proyectos, su temperamento se oponían a ello; pero si no tenía menos que yo el gusto por la independencia, poseía mucho más el sentido de sus responsabilidades”².

Una vez declarada la Segunda Guerra Mundial, Sartre es movilizado al frente y termina en un campo alemán de prisioneros.³ Cuando logra escapar del *Stalag*, regresa a París transformado políticamente por la experiencia. Lo sabemos por las cartas que se han conservado, y también por las memorias de Simone de Beauvoir: “Su experiencia de prisionero lo marcó profundamente: le enseñó la solidaridad; lejos de sentirse

* El presente artículo fue escrito a modo de introducción, para los lectores hispanoparlantes, del ensayo de Sandra Teroni “Sartre-Rossanda. Un recorrido por la izquierda italiana”, que se publica —traducido del italiano por nosotros— en este mismo número de *Corsario Rojo*, a continuación.

¹ Simone de Beauvoir, *La plenitud de la vida*, Barcelona, Edhasa, 1980, p. 122.

² *Ibid.*, p. 147.

³ Lo he narrado en otro lugar. Ver Nicolás Torre Giménez, “*Barioná*, pequeño misterio ateo. Análisis de la primera obra teatral de Jean-Paul Sartre”, en *Corsario Rojo*, nro. 8, primer semestre 2025, pp. 177-213. Disponible en <https://kalewche.com/cr8>.

vejado, participó alegremente en la vida comunitaria”. Y su compañera narra la transformación de Sartre en estos términos:

En nuestra juventud nos habíamos sentido próximos al PC en la medida en que su negativismo concordaba con nuestro anarquismo. Deseábamos la derrota del capitalismo, pero no el advenimiento de una sociedad socialista que nos habría privado, según pensábamos, de nuestra libertad. En este sentido, el 14 de septiembre de 1939, Sartre anotaba en su cuaderno: “Heme aquí curado del socialismo, si es que tenía necesidad de curarme de él.” En 1941, sin embargo, al crear un grupo de resistencia asoció para bautizarlo las dos palabras: socialismo y libertad. La guerra había operado en él una conversión decisiva.⁴

Una vez libre, Sartre fundará el movimiento de resistencia llamado –justamente– “Socialismo y Libertad”, que llegó a tener unos cincuenta miembros para junio de 1941, según su biógrafa⁵, junto con Maurice Merleau-Ponty, Jean Pouillon, Jacques-Laurent Bost y Simone de Beauvoir, entre otros. (...) Desde entonces, toda su producción intelectual y sus posicionamientos políticos tendrán como norte la necesidad de pensar –y realizar– un socialismo que sea compatible con la libertad individual, un marxismo que resulte revitalizado y actualizado por la antropología existencialista.

Desde una posición antihumanista –aunque también antiburguesa–, que ya podemos encontrar en boca del personaje Roquentin de *La Náusea* (1938), Sartre elaborará teóricamente la posibilidad de un humanismo antiburgués y anticapitalista, específicamente un existencialismo humanista, y abogará por la construcción de un socialismo en cuyo seno el ser humano pueda realizar todas sus potencialidades. De esta manera, empieza a perfilar una posición de tercera vía entre comunismo burocrático y capitalismo –encarnados entonces en el PCF y el gaullismo–, que terminará de tomar forma recién en 1948 con la fundación del efímero partido RDR (Rassemblement Démocratique Revolutionnaire). Sartre ha reformulado la noción de humanismo de una manera original, luego de haber criticado el humanismo burgués: el existencialismo es un humanismo, en la medida en que reconoce que el ser humano no tiene una esencia dada, y que, en razón de ello, debe hacerse a sí mismo en libertad y con responsabilidad. Pero ese hacerse, por tener lugar en el seno de la colectividad y de la materialidad, es también un hacerse entre los otros, por los otros y para los otros, y es una praxis en la que el ser humano, transformando la realidad material, se transforma a sí mismo, y abre un horizonte de potencialidades existenciales para sí y para todos los demás. De Beauvoir lo explica así:

Las durezas y el calor de la camaradería [en el campo de prisioneros] desataron las contradicciones de su antihumanismo: en realidad, se rebelaba contra el humanismo burgués que venera en el hombre una naturaleza; pero si el hombre está por hacerse, ninguna tarea podía apasionarlo más [a Sartre mismo]. Desde entonces, en lugar de oponer individualismo y colectividad, no los concibió sino ligados uno al otro. Realizaría su libertad no asumiendo subjetivamente la situación dada, sino modificándola objetivamente, mediante la edificación de un porvenir conforme a sus aspiraciones; ese porvenir, en nombre mismo de los principios democráticos a los que estaba ligado, era el socialismo, del cual solo lo había apartado el temor de perderse en él: ahora veía en él a la vez la única oportunidad de la humanidad y la condición de su propia realización.⁶

El primer intento de acercamiento al Partido Comunista Francés por parte de Sartre será el resultado, no todavía de una afinidad político-ideológica, sino de lo que veía como una necesidad de establecer un frente común contra el nazismo, aún antes de que los comunistas tomaran una decisión en ese sentido. Sartre logra evadirse del campo de prisioneros en marzo de 1941. En aquel entonces, y hasta el 22 de junio del mismo año –fecha en que los nazis invaden la URSS en la llamada Operación Barbarroja–, rige el pacto Ribbentrop-

⁴ Simone de Beauvoir, *La fuerza de las cosas*, Barcelona, Edhasa, 1982, pp. 15-16.

⁵ Annie Cohen-Solal, *Sartre. 1905-1980*, Bs. As., Edhasa, 2005, p. 227.

⁶ *Ibid.*, pp. 16-17.

Mólotov, por lo tanto, el PCF no participa de forma sistemática en la Resistencia, aunque algunos militantes comunistas sí lo hacen a título personal. Eso cambiará luego de la entrada de la URSS en la Segunda Guerra Mundial, cuando el PCF llama a la insurrección contra los ocupantes, y organiza –a fines de 1941– los *Franco-Tireurs et Partisans* (Francotiradores y Partisanos), una de las principales fuerzas armadas de la Resistencia. Como decimos, Sartre intenta en aquellos años un acercamiento, aunque sin éxito, al PCF. Simone de Beauvoir lo cuenta en sus memorias:

Los comunistas poseían un aparato, una organización, una disciplina; desde el día en que habían decidido intervenir habían obtenido resultados espectaculares. Los patriotas de derecha se negaban a unirse a ellos; pero la izquierda no comunista no habría rechazado un acercamiento; ya no juzgaba el pacto germano-soviético con la misma severidad que en 1939: quizá la URSS hubiera sido incapaz de resistir a la fuerza alemana si no se hubiera asegurado una tregua, cualquiera fuera el medio; si todavía se vacilaba en aprobar sin reserva la maniobra de Stalin, nadie se atrevía a condenarla radicalmente. De todas maneras, Sartre estimaba que en Francia era indispensable establecer un frente común; trató de entrar en contacto con los comunistas; pero éstos desconfiaban de todos los grupos que se habían creado fuera del partido y particularmente de los “intelectuales pequeños burgueses”; declararon a uno de nuestros camaradas que, si los alemanes habían liberado a Sartre, era porque se había comprometido a servirles de agente provocador; no sé si lo creían o no; en todo caso, elevaron así entre ellos y nosotros una barrera imposible de salvar.⁷

Mientras tanto, en junio de 1941, el PCF había comenzado a organizar el *Comité National des Écrivains* (CNE), con el fin de unificar a escritores de distintas tendencias (gaullistas, comunistas, demócratas, católicos, protestantes) en la resistencia intelectual contra la ocupación nazi. En septiembre de 1942 saldrá el primer número de *Les Lettres françaises*, órgano clandestino del CNE. Jean Paulhan, uno de sus directores, había intentado convencer al otro, Jacques Decour, del PCF, de sumar a Sartre al comité, pero el comunista “le pone un veto formal y absoluto”, a causa de los rumores que corrían en el seno del PCF sobre Sartre, y por su amistad con Paul Nizan, considerado injustamente un traidor por ellos. Pero Decour es apresado y fusilado por los nazis, por lo que –y también motivado por una nueva política de alianzas–, entre fines del mismo año y principios del siguiente, se le extiende una invitación a Sartre:

La resistencia intelectual se organizaba. A principios de 1943, unos intelectuales comunistas propusieron a Sartre que se uniera al CNE [Comité Nacional de Escritores]; les preguntó si tenían ganas de hacer entrar a un espía en sus filas, pero declararon ignorar los rumores que en 1941 se habían hecho correr sobre él. Participó por lo tanto en las reuniones que presidía Éluard y colaboró en *Les Lettres françaises*.⁸

Entre fines de 1942 y comienzos de 1943 se registra este primer acercamiento entre Sartre y el PCF, posibilitado por la política de frente amplio contra el nazi-fascismo por parte de la URSS. Tanto de un lado como del otro, la relación se establece en términos de alianza: el PCF no puede menos que desconfiar de la postura librepensadora del escritor y su supuesto idealismo filosófico; y éste no simpatiza con el autoritarismo y el burocratismo estalinista. Por aquellos años escribe:

El socialismo de Estado y la libertad individual se oponen, eso es cierto. Pero hay otras formas de socialismo y, en última instancia, una estructura socialista que no tuviera por fin último la liberación de la persona y la restitución de la dignidad humana no sería más que una técnica desprovista de significado.

⁷ Simone de Beauvoir, *La plenitud de la vida*, pp. 543-544.

⁸ *Ibid.*, pp. 582-583. La fecha de la invitación del CNE no coincide con la que registra la biografía de Sartre. Ver Annie Cohen-Solal, *op. cit.*, p. 239.

Y agrega, con cierta cuota de optimismo:

Un gobierno en el exilio que tomara conciencia de las dificultades en que nos debatimos y que adoptara como lema la realización de la libertad concreta a través de la colectivización de los medios de producción, reuniría a su alrededor a la mayor parte de los franceses.⁹

En la revista del CNE, Sartre publica anónimamente una serie de artículos en los que trata sobre y denuncia a escritores colaboracionistas. Una vez fundada *Les Temps Modernes* (octubre de 1945), la relación con la revista del CNE se distiende. Cuando, en 1947, *Les Lettres françaises* pasa definitivamente bajo control del PCF, se convierte en un medio abiertamente hostil a Sartre: los ataques contra el filósofo y el existencialismo se multiplican, bajo la pluma, entre otros, de Jean Kanapa, antiguo alumno de Sartre, de André Wurmser o de Roger Garaudy. Habrá que esperar al giro de “Los comunistas y la paz”, en 1953, para que cesen estos ataques y que la revista acoja nuevamente a Sartre, convertido en aliado del PCF hasta 1956, año de la intervención soviética en Hungría y del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en el cual Nikita Jrushchov pronunció el llamado “discurso secreto”, donde denunció las purgas de Stalin, fallecido poco antes, en 1953 (un discurso que rápidamente perdió su carácter reservado y circuló en Europa y el resto del mundo, provocando un impacto inmediato en los partidos comunistas y en los intelectuales de la época).

A partir de 1950, influenciado por la guerra de Corea, Sartre criticó cada vez más la política del gobierno estadounidense y buscó un acercamiento al PCF, señalando en 1951, por ejemplo, que el Partido representaba al proletariado y que era “imposible adoptar una posición anticomunista sin estar contra el proletariado”. Colaboró con el Partido en la campaña por la liberación de Henri Martin, y con ocasión de las manifestaciones violentas contra el general Ridgway (mayo de 1952). Sartre explicó por qué se había convertido en un compañero de ruta del PCF en “Los comunistas y la paz” (1952). Entre 1952 y 1956, militó en el movimiento por la paz en posiciones cercanas al PCF y asistió al Congreso de los Pueblos por la Paz en Viena (1952) y en Helsinki (1955). Polemizó con Claude Lefort acerca de la praxis revolucionaria de la clase obrera y del papel del Partido. Visitó la URSS (1954, 1955) y a su regreso de su primer viaje declaró, entre otras cosas: “La libertad de crítica es total en la URSS y el ciudadano soviético mejora sin cesar su condición en el seno de una sociedad en progreso continuo”. En 1956, cuando estalló la insurrección húngara, Sartre se encontraba en Roma y, nada más regresar a París, escribió en *L'Express* que condenaba sin ninguna reserva la agresión soviética y, por consiguiente, rompió sus relaciones con sus amigos escritores soviéticos que no habían denunciado “la masacre en Hungría”. Al mismo tiempo, denunció a la dirección del PCF que había apoyado la intervención de la Unión Soviética.¹⁰

Desde 1952 a 1956, entonces, vemos a Jean-Paul Sartre convertido en “compañero de ruta” del Partido Comunista Francés, después de años de desconfianza mutua. Ese corto período de proximidad ideológica terminará con el texto de Sartre titulado “El fantasma de Stalin”, que sale a la luz por entregas en *Les Temps Modernes*, entre fines del 56 y comienzos del 57. En este artículo de fuerte vocación polémica, Sartre denuncia la dificultad de los partidos comunistas del mundo occidental para librarse del legado estalinista. El “fantasma” del estalinismo sigue condicionando la política de los partidos comunistas, incluso cuando se lo condena, sostiene el pensador francés. Sartre no abandonará el marxismo –por lo menos como él lo entiende–, sino que insistirá en que la izquierda debe encarar una desestalinización, romper con el autoritarismo en pos del socialismo. El desafío político-intelectual para Sartre es –y esto está claramente

⁹ Cit. en *ibid.*, p. 268.

¹⁰ Entrada “Gauche, gauchisme” [izquierda, izquierdismo] en *Dictionnaire Sartre*, dirigido por François Noudelmann y Gilles Philippe, París, Honoré Champion, 2013, pp. 195-196. La traducción es mía.

expresado en su obra *Crítica de la razón dialéctica*– construir un marxismo crítico, capaz de conjugar la libertad humana con la transformación revolucionaria de la sociedad existente, lo que para él significa – desde el punto de vista filosófico–, integrar la antropología existencialista en el marxismo, construir, en fin, un existencialismo dialéctico.¹¹

* * *

En lo que respecta a la relación de Sartre con el mundo intelectual y político italiano, ésta comienza inmediatamente después de la Liberación, cuando *Les Temps Modernes* (1945-) e *Il Politecnico* (1945-1947) de Elio Vittorini salen a la luz. Las dos revistas, que comparten una misma afinidad temática e ideológica, llegan a intercambiar publicaciones en uno y otro sentido –como cuenta Sandra Teroni en su ensayo–. Y esto sucede en el mismo momento en que Vittorini rompe con el PCI, por sus diferencias con Mario Alicata, crítico literario y dirigente del partido. Mientras Vittorini defendía la autonomía de la cultura frente a la instrumentalización política, Alicata exigía que la producción cultural estuviera subordinada a los objetivos del Partido –posición que será respaldada por la máxima autoridad del partido, Palmiro Togliatti, secretario general del PCI entre 1938 y 1964–. Finalmente, *Il Politecnico* fue cerrada en 1947, todo un símbolo de la derrota de la posición autonomista frente a la línea oficial. Sin embargo, Sartre escribía por aquellos mismos años que el PCI constituía “uno de los centros vitales del pensamiento italiano”, que, en comparación con la asfixia intelectual que imponía la ortodoxia comunista en Francia por aquel entonces, no carecía de cierta verdad relativa.

Una institución hermanada con *Il Politecnico* –y que, con mejor suerte que ésta, llegará hasta nuestros días– fue la *Casa della Cultura* de Milán¹², fundada por Antonio Banfi en 1946. Allí mismo, Sartre dio una conferencia sobre existencialismo ese mismo año. Rossana Rossanda, discípula de Banfi, será quien dará a la institución un impulso extraordinario desde la década del '50 y durante más de diez años. Perteneciente a la izquierda ingraiana (por Pietro Ingrao) del PCI, partido del que llegará a ser una importante dirigente, Rossanda fue nombrada por Togliatti, en diciembre de 1962, responsable máxima del área cultural e intelectual del Partido. Lucio Magri, también de la izquierda ingraiana, habla de la dirigente en estos términos:

Desde hacía años ella dirigía la Casa de cultura de Milán haciendo de ésta un animado centro de debate con los sectores más avanzados del mundo intelectual, sin esconder en absoluto su propensión a dar prioridad a los temas de la investigación científica o al nuevo pensamiento marxista en el límite de la heterodoxia, como explícita alternativa respecto a los filones clásicos de la política cultural comunista centrada en los intelectuales tradicionales, el filón historicista, la producción cinematográfica y las “bellas artes”. Alicata tenía tendencias por completo opuestas, pero esto no le impidió ni a él ni a otros confiarle, en 1962, la responsabilidad nacional del sector. En su nuevo cargo, como ella misma cuenta, encontró no pocos obstáculos y límites que no debía sobrepasar. En sustancia, quien tenía algo útil que decir, la pluma y el lugar para hacerlo, encontraba no solamente tolerancia sino que gozaba, que es lo que cuenta, de un interés real.¹³

¹¹ He tratado el asunto en “De la libertad a la liberación. Un recorrido por la obra de Jean-Paul Sartre”, en *Corsario Rojo*, nro. 3, “Monográfico sobre Sartre”, otoño austral 2023, pp. 72-94. Disponible en <https://kalewche.com/cr3>.

¹² Elio Vittorini, fundador de la revista *Il Politecnico*, solía decir: “La *Casa della Cultura* es *Il Politecnico* hablado, *Il Politecnico* es la *Casa della Cultura* escrita”. Cabe mencionar que ambos proyectos fueron independientes, y no órganos del Partido Comunista Italiano. Sin embargo, el PCI pretendía construir una hegemonía cultural y, por lo tanto, veía a ambos como posibles instrumentos para ello.

¹³ *Ibid.*, pp. 266-267 (traducción modificada).

No está de más recordar que una parte muy significativa de la intelectualidad y el mundo artístico italiano, o bien estuvo afiliada al PCI (piénsese, por sólo recordar algunos nombres, en Cesare Pavese, Elio Vittorini, Italo Calvino, Gianni Rodari, Lucio Coletti, Galvano Della Volpe, Carlo Levi, Lucchino Visconti, Natalia Ginzburg, Pier Paolo Pasolini), o bien fue muy cercana a él (Alberto Moravia, Dario Fo, entre muchos otros), por lo menos hasta 1956. El prestigio ganado por los comunistas desde la Resistencia y la promoción cultural llevada a cabo por el Partido (revistas, editoriales, universidades populares, cineclubes, círculos culturales dentro de los sindicatos) eran enormes. Rossanda encarnó una línea cultural flexible y dialogante dentro del PCI, que contrastaba con la rigidez de otros dirigentes anteriores. Con ella, los sectores de la cultura y la intelectualidad recibieron un impulso y una libertad inusitados, luego del terremoto que habían provocado las noticias del '56. Aunque es cierto que, para aquel entonces –como ella lo reconoce en su autobiografía–, los intelectuales más críticos ya se habían ido”¹⁴. Rossanda llegó a convertirse en la interlocutora clave del partido con diferentes referentes intelectuales y artistas: supo mantener un diálogo abierto y sincero con ellos, contribuyendo a evitar rupturas. Ella lo cuenta en *La muchacha del siglo pasado*, su autobiografía, de la siguiente manera:

Había llegado a dirigir la sección de cultura en via Botteghe Oscure [la sede central del PCI en Roma] con dos ideas firmes en la cabeza. Me parecían obvias. Estaba fuera de discusión que había que poner fin a aquello que durante quince años había suscitado la protesta e incluso la angustia de los mejores intelectuales, y que persistía de manera insoportable en Emilio Sereni y en [Mario] Alicata: las intervenciones del partido sobre la cultura, el arte, la literatura, la ciencia, etcétera. El partido –razonaba yo– era una gran cantidad de hombres unidos por el rechazo de esta sociedad y por un proyecto de cambio; no eran ideas menores ni indiscutidas ni indiscutibles, bastaba con actualizarlas y profundizarlas, no estaba ciertamente aquejado por un exceso de historia y teoría sobre sí mismo.

(...) Podía remediar la pérdida de tantos artistas o críticos decepcionados e indignados por las infaustas intervenciones del PCI desde 1948-49. Lo habría hecho.¹⁵

Y, en parte, lo había logrado. En cierta medida, la línea mantenida por Rossana Rossanda fue radicalmente opuesta a la del Partido Comunista Francés, caracterizada por una suspicacia permanente –cuando no una hostilidad abierta– hacia los peligrosos “librepensadores”, los intelectuales independientes que no adscribían a la ortodoxia partidaria. En el caso de Sartre, la virulencia extrema de algunos referentes comunistas franceses (Jean Kanapa, Roger Garaudy y Henri Lefebvre, entre otros) contrasta fuertemente con el diálogo abierto y la admiración intelectual de la dirigente italiana hacia el existencialista francés. En gran medida gracias a Rossanda, Sartre tuvo un diálogo fructífero y fluido con el Partido Comunista Italiano, como puede verse en el ensayo de Teroni. Pero también, gracias a la autonomía relativa que el partido supo mantener de cara a la URSS luego de 1956 (aunque en algunos aspectos desde antes), la llamada por Togliatti “via italiana al socialismo”, que implicaba –con sus aciertos culturales y sus errores políticos– aceptar la democracia parlamentaria y buscar una transición pacífica, adaptada a la realidad italiana, defendiendo el pluralismo y criticando el estalinismo. En cambio, el PCF tuvo una relación mucho más subordinada a la Unión Soviética.

En 1966, dos años luego de la muerte de Togliatti, Rossanda fue destituida de su cargo como jefa de la Comisión Cultural del Partido Comunista Italiano, a causa de una creciente autonomía y una posición de apertura hacia el movimiento estudiantil más radicalizado, actitudes que empezaban a hacer ruido en el comité central. En 1968, apoyó abiertamente las demandas estudiantiles y obreras que desbordaban los cauces que pretendían asignarles desde la cúspide del partido. Un año después, junto a Lucio Magri, Luigi Pintor y Eliseo Milani –el sector más izquierdista del PCI, cercano al movimiento estudiantil–, fundó la

¹⁴ Lucio Magri, *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones*, Bs. As. CLACSO, 2011, p. 198.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 266-267 (trad. modificada).

revista *il manifesto*, abiertamente hostil al modelo soviético, en la que se denunciaba sin pelos en la lengua la invasión de Checoslovaquia. El primer número de la revista vendió más de 50.000 copias. Entonces –cuenta Lucio Magri–,

il manifesto se convirtió en un hecho político, tanto en Italia como en el extranjero, más allá de las intenciones, y quizá más allá de sus méritos. El grupo dirigente del partido, en un primer momento en encuentros privados, trató de persuadirnos para que desistiéramos, luego prohibió la iniciativa en nombre de la norma que excluía la legitimidad de las fracciones; y puesto que una revista en sí no es una fracción, agregó que recoger suscripciones, definir un grupo determinado de colaboradores permanentes e intervenir en temas de actualidad política configuraban el hecho como fracción [que, de hecho, estaban prohibidas]. Para darle fuerza a la prohibición, convocaron a dos Comités Centrales. En este punto, conscientes de que el riesgo era la radiación, todos tuvimos un momento de duda.¹⁶

Y, a fines de 1969, fueron “radiados” del PCI, una medida que, a diferencia de la expulsión, permitía –en teoría– su futura rehabilitación. Rossanda no volvió más a un PCI cada vez más moderado y pragmático –bajo la dirección de Luigi Longo, primero, y de Enrico Berlinguer, después–, que intentaba acercarse a sectores católicos progresistas y socialistas, alejándose de posiciones radicales (en rigor de verdad, el PCI ya había abandonado posiciones radicales desde el llamado “giro de Salerno” en los inicios de la transición posfascista), mientras el grupo de *il manifesto* giraba hacia la izquierda, al calor de las protestas obrero-estudiantiles. En esos años, Sartre también se radicalizaba, criticaba abiertamente al PCF y se acercaba al movimiento maoísta francés. El existencialista y Rossanda seguirían en contacto hasta la muerte de él, en 1980. Sartre le dio incluso una entrevista a la intelectual y política italiana, que sería publicada en *Situaciones VIII* con el título “Masa, espontaneidad, partido”.

¹⁶ Lucio Magri, *op. cit.*, pp. 251-252.